

PÍTULO XI

No hay que anticiparse en los sucesos. La prisa de comunicar á los lectores mi sistema del alma y la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mi cama más pronto de lo que debía; cuando la haya terminado, volveré á emprender mi viaje á partir del sitio en que lo he interrumpido en el capítulo precedente.

Os ruego solamente que os acordéis que hemos dejado á *la mitad de mi mismo* contemplando el retrato de la señora de Hautcastel, cerca de la pared, á cuatro pasos de mi mesa de despacho.

Había olvidado, al hablar de mi lecho, aconsejar á todo hombre que pueda, que tenga una cama color de rosa y blanco: es positivo que los colores influyen sobre nosotros hasta el punto de alegrarnos ó entristecernos según sus tonos. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y á la felicidad. La naturaleza, al darlos á la rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora; y cuando el cielo quiere anunciar un hermoso día al mundo, colora las nubes de ese tinte encantador á la salida del sol.

Un día subíamos con pena á lo largo de un rápido sendero; la amable Rosalía iba delante; su agilidad le daba alas, y nosotros no podíamos seguirla. De súbito, al llegar á la cumbre de una colina, se volvió hacia nos-

otros para tomar aliento, y sonrió al ver la lentitud con que subíamos. Quizá nunca los dos colores de que he hecho el elogio obtuvieron mayor triunfo. Sus mejillas inflamadas, sus labios de coral, sus brillantes dientes, su cuello de alabastro, todo esto sobre un fondo de verdura, atraían todas las miradas. Fué preciso detenernos para contemplarla: nada digo de sus ojos azules ni de la mirada que lanzó sobre nosotros, porque me saldría de mi objeto y, por otra parte, porque no pienso en ello sino lo menos que me es posible. Me basta con haber dado el más bello ejemplo imaginable de la superioridad de aquellos dos colores sobre todos los demás, y de su influencia sobre la dicha de los hombres.

No iré hoy más adelante. ¿Qué objeto podría tratar que no fuera insípido? ¿Qué idea no se borra ante esta idea? Ni siquiera sé cuándo podré volver á mi trabajo. Si lo continúo y el lector desea ver el fin, diríjase al ángel que distribuye los pensamientos y ruéguele que no mezcle la imagen de esa colina entre el tropel de pensamientos dispersos que me arroja á cada instante.

Sin esta precaución, adiós mi viaje.

CAPÍTULO XII

.

 la colina

.

CAPÍTULO XIII

Los esfuerzos son vanos; es preciso aplazar la partida y permanecer aquí á pesar mío : es una etapa militar.

CAPÍTULO XIV

He dicho que me gusta singularmente meditar al dulce calor de mi lecho, y que su color agradable contribuye mucho al placer que en él encuentro.

Para procurarme este placer, mi criado ha recibido la orden de entrar en mi cuarto media hora antes de aquella en que he resuelto levantarme. Le oigo caminar ligeramente y revolver con discreción los objetos de mi cuarto, y este ruido me hace sentir la dulce sensación de una dulce somnolencia : placer delicado y desconocido para muchas personas.

Se está bastante despierto para advertir que no lo está uno del todo y para calcular confusamente que la

hora de los negocios y de los enfados está todavía en el reloj del tiempo. Insensiblemente, mi hombre va haciendo más ruido : ¡es tan difícil contenerse! Él sabe, por otra parte, que la hora fatal se aproxima. Mira mi reloj, hace sonar los contrapesos para advertirme, pero yo hago oídos de mercader, y para prolongar todavía esa hora deliciosa, no hay sutileza de que no haga víctima á ese pobre muchacho. Tengo cien órdenes preliminares que darle para ganar tiempo. Harto sabe él que estas órdenes, que yo le doy bastante malhumorado, no son sino pretextos para permanecer en la cama sin parecer que lo aseo. Él no parece notarlo, y yo le estoy agradecido de veras.

En fin, cuando he agotado todos mis recursos, avanza en medio del cuarto, y se planta allí con los brazos cruzados, en la más perfecta inmovilidad.

Se me concederá que no es posible desaprobarme mi pensamiento con más ingenio y discreción ; así es que yo no resisto jamás á esta invitación tácita ; extendiendo los brazos para demostrarle que he comprendido, y vedme ya sentado.

Si el lector reflexiona acerca de la conducta de mi criado, podrá convencerse de que en ciertos asuntos delicados del género de éste, la sencillez y el buen sentido valen infinitamente más que el ingenio más agudo. Me atrevo á asegurar que el discurso más estudiado sobre los inconvenientes de la palabra no me decidiría á salir tan pronto de mi cama como el mudo reproche de Joannetti.

No solamente es un perfecto hombre honrado este

Joannetti, sino que al mismo tiempo el hombre que más convenía á un viajero como yo. Está ya acostumbrado á los frecuentes viajes de mi alma, y no se rie jamás de las inconsecuencias de *la otra*; á veces la dirige cuando está sola, de manera que podría decirse entonces que está conducida por dos almas. Cuando *la otra* se viste, por ejemplo, él me advierte con una señal que aquélla está á punto de ponerse las medias al revés ó la levita antes que el chaleco. Mi alma se ha divertido á menudo, viendo al pobre Joannetti correr tras de la loca por las calles de la ciudad para advertirle que se había olvidado el sombrero, otra vez el pañuelo.

Un día (¿lo confesaré?) sin este fiel criado que la atrapó al final de la escalera, la atolondrada se encaminaba hacia la corte sin espada, tan resueltamente como el gran maestro de ceremonias llevando la augusta vara.

CAPÍTULO XV

— Toma, Joannetti, le dije, cuelga este retrato.

El me había ayudado á limpiarlo, y no sospechaba pizca de lo que ha producido el capítulo del retrato, ni más ni menos que de lo que pasa en la luna.

Él era quien de su propio impulso me había presentado la esponja mojada, y quien por este acto, en

apariencia indiferente, había hecho recorrer á mi alma cien millones de leguas en un instante.

En lugar de volver á colocarlo en su sitio, lo retenía á su vez, para secarlo. Una dificultad, un problema insoluble le daban un aire de curiosidad que no dejé de observar.

— Vamos, le dije; ¿qué tienes que decir de ese retrato?

— ¡Oh! nada, señor.

— Entonces...

Lo dejó sobre uno de los pupitres de mi mesa; luego retirándose algunos pasos:

— Quisiera, dijo, que el señor me explicara por qué este retrato me mira siempre, cualquiera que sea el sitio del cuarto en que me encuentre. Por la mañana, cuando hago la cama, su cara se vuelve hacia mí, y si voy á la ventana me mira todavía, y me sigue con los ojos cuando ando.

— De manera, Joannetti, le dije, que si el cuarto estuviera lleno de personas, esta hermosa señora miraría á todos lados y á todo el mundo á la vez.

— ¡Oh! sí, señor.

— ¿Sonreiría á los que irían y vendrían, de igual modo que á mí?

Joannetti no respondió nada. Yo me extendí en mi butaca, y bajando la cabeza me entregué á las más serias meditaciones.

¡Qué rayo de luz! ¡Pobre amante! Mientras que tú te aburres lejos de tu querida, junto á la cual ya estás quizá reemplazado, mientras que fijas ávidamente los

ojos sobre su retrato y te imaginas (siquiera en pintura) ser el único mirado, la pérfida efigie, tan infiel como el original, dirige sus miradas sobre todo lo que la rodea, y sonríe á todo el mundo. He aquí un parecido moral entre ciertos retratos y su modelo, que ningún filósofo, ningún pintor, ningún observador había hecho todavía.

Marcho de descubrimiento en descubrimiento.

CAPÍTULO XVI

Joannetti continuaba en la misma actitud, esperando la explicación que me había pedido. Yo saqué la cabeza de los pliegues de mi *traje de viaje*, entre los cuales se hallaba como hundida para meditar á sus anchas y reponerse de las tristes reflexiones que acababa de hacer.

— ¿No ves tú, Joannetti, le dije después de un momento de silencio y volviendo mi butaca en dirección á él, no ves tú que siendo un cuadro una superficie plana, los rayos de luz que parten de cada punto de esta superficie...

Joannetti, á esta explicación, abrió de tal modo los ojos, que dejaba ver la pupila entera; tenía además la boca entreabierta: estos dos movimientos anuncian en el rostro humano, según el famoso Le Brunn, el último período de la extrañeza y del asombro. Era sin duda mi

bestia quien había emprendido semejante disertación; harto sabía mi alma que Joannetti ignoraba completamente lo que es una superficie plana, y, más aún, lo que son rayos de luz: la prodigiosa dilatación de sus párpados me hizo volver en mí mismo; metí entonces la cabeza en el cuello de mi traje de viaje, y la hundi de tal modo entre sus pliegues, que logré ocultarla casi por entero.

Resolví comer en aquel sitio; la mañana estaba muy avanzada, y un paso más por mi cuarto hubiera concluido por aplazar mi comida hasta la noche. Me deslicé hasta el borde de mi asiento, y colocando los pies sobre la chimenea, esperé pacientemente que me sirvieran. Esta actitud es deliciosa. Creo que sería muy difícil encontrar otra que reuniese tantas ventajas y que fuese tan cómoda para los descansos que son inevitables en un largo viaje.

Rosina, mi fiel perra, no deja nunca de venir entonces á tirar de los faldones de mi casaca de viaje para que le conceda un sitio encima de mí; ella encuentra una cama perfectamente arreglada y muy cómoda en el vértice del ángulo que forman la dos partes de mi cuerpo; una V representa á maravilla mi posición. *Rosina* se lanza sobre mí si no la tomo en seguida. Á menudo me la encuentro allí sin saber cómo ha venido. Mis manos se colocan por sí mismas de la manera más favorable á su bienestar, sea que exista una simpatía entre esta amable bestia y la mía, sea que la casualidad sola lo decida; pero yo no creo en la casualidad, ese triste sistema, esa palabra que nada significa. Mejor creería

en el magnetismo; mejor creería en el martinismo... No, yo no creeré jamás en ella.

Existe tal realidad en las relaciones que median entre estos dos animales, que cuando pongo los pies sobre la chimenea por pura distracción, cuando la hora de la comida está todavía lejana y no se me ocurre tomar bocado, como quien dice hacer *etapa*, no obstante *Rosina*, testigo de aquel movimiento, delata el placer que siente, meneando ligeramente la cola; la discreción la retiene en su sitio, y *la otra*, que lo advierte, se lo agradece: aunque incapaces de razonar sobre la causa que lo produce, se establece así entre ellas un diálogo mudo, una relación de sensación muy agradable que no puede ser atribuida á la casualidad.

CAPÍTULO XVII

Que no se me censure porque soy prolijo en los detalles: es la costumbre en los viajeros. Cuando se sale para subir al Monte Blanco, cuando se va á visitar la ancha abertura del sepulcro de Empédocles, no se deja nunca de describir exactamente las menores circunstancias: el número de las personas, el de los mulos, la cualidad de las provisiones, el apetito de los viajeros, todo, en fin, hasta los tropiezos de las cabalgaduras, se consigna cuidadosamente en el diario, para instruir al universo sedentario. Ésta es la causa de que me haya deci-

dido á hablar de mi querida *Rosina*, hermoso animal á quien amo con verdadero afecto, y á consagrarle un capítulo entero.

Hace seis años que vivimos juntos, y aun no ha habido entre nosotros ningún serio disgusto. Si alguna vez se ha elevado entre ella y yo algún pequeño altercado, confieso de buena fe que la principal parte de la culpa ha sido mía y que *Rosina* ha dado siempre los primeros pasos en favor de la reconciliación.

A la noche, cuando la reprendo, se retira llena de tristeza y sin murmurar; al día siguiente, al despuntar el alba, la tengo ya junto á mi cama en actitud respetuosa; y al menor movimiento de su dueño, á la más pequeña señal de que va á despertar, anuncia su presencia con el continuo golpear de la cola sobre mi mesilla de noche.

¿Y por qué he de negarle mi afecto á este ser cariñoso que no ha dejado nunca de quererme desde la época en que hemos empezado á vivir juntos? La memoria no me bastaría para enumerar las personas que se han interesado por mí y me han olvidado después. Yo he tenido algunos amigos, muchas queridas, multitud de relaciones y mayor número aún de conocidos... y en la actualidad ya no soy nada para esa gente, que se ha olvidado hasta de mi nombre.

¡Cuántas protestas! ¡Qué manera de ofrecerme sus servicios! ¡Podía contar con su fortuna y con su amistad eterna y sin reservas!

Mi querida *Rosina*, que no me ha ofrecido sus servicios, me presta, sin embargo, el mayor que se puede

hacer á la humanidad: me amaba ayer, y me ama hoy todavía. Así es, y no tengo ningún reparo en confesarlo, que yo la amo con una gran parte de ese mismo sentimiento que concedo á los amigos.

¿Qué me importa lo que se diga?

CAPÍTULO XVIII

Hemos dejado anteriormente á Joannetti en la actitud del asombro, inmóvil delante de mí, esperando el fin de la sublime explicación que yo había comenzado.

Cuando me vió hundir de repente la cabeza entre los pliegues de mi bata y dar término de esta manera á la explicación, no dudó un momento de que hacía esto á falta de buenas razones, y, por lo tanto, de que estaba anonadado por la dificultad de la cuestión que me había propuesto.

Á pesar de la superioridad que con ello acababa de adquirir sobre mí, no sintió el menor impulso de orgullo, ni trató de aprovecharse de su ventaja. Después de un corto rato de silencio, tomó el retrato, lo puso en su sitio y se retiró de puntillas rápidamente. Había comprendido que su presencia era para mí una especie de humillación, y su delicadeza le inspiró el pensamiento de retirarse sin dejar que yo lo advirtiera. Su conducta, en esta ocasión, me interesó vivamente, y le conquistó un nuevo lugar en mi corazón. Sin duda alguna tam-

bién lo habrá conseguido en el del lector, y si por casualidad hay alguno tan insensible que se lo niegue después que haya leído el capítulo siguiente, será sin duda porque el cielo le ha dado un corazón de mármol.

CAPÍTULO XIX

— ¡Voto á bríos! le dije un día: ésta es la tercera vez que te mando comprar un cepillo! ¡Qué cabeza! ¡qué animal!

No me contestó ni una sola palabra, como no me había contestado tampoco el día anterior á un exabrupto parecido. « Siendo tan exacto, decía yo, no comprendo semejante olvido. »

— Vete á buscar un trapo para limpiar mis zapatos, le dije encolerizado.

En cuanto hubo salido, ya estaba yo arrepentido de la rudeza con que le había tratado.

Mi enojo desapareció completamente cuando vi el cuidado con que procuraba quitar el polvo de los zapatos sin ensuciarme las medias; púsele mi mano encima en señal de reconciliación, y me dije á mí mismo:

« ¡Pues, qué! ¿hay hombres que limpian el calzado de los demás por dinero? »

La palabra *dinero* fué un rayo de luz para mi imaginación. Volví á acordarme en el acto de que hacía mu-

cho tiempo que no le había dado ni un céntimo al criado.

— Joannetti, le dije retirando el pie, ¿tienes dinero?

Á esta pregunta apareció una semi-sonrisa de justificación en sus labios.

— No señor; desde hace ocho días no tengo ni un cuarto; he gastado cuanto tenía para atender á los menudos gastos de usted.

— ¿Y el cepillo? ¿Por eso no lo has comprado?

Á esto, contestó con otra sonrisa, en vez de decirle á su amo: « No; yo no tengo la cabeza vana; yo no soy un *animal* como ha tenido usted la crueldad de llamar á su fiel servidor. Págueme usted veinticuatro libras, diez sueldos y cuatro dineros que me debe, y le compraré el cepillo. » Prefirió dejarse maltratar injustamente, antes que hacer que su amo se avergonzara de su cólera.

¡Que el cielo le bendiga! ¡Filósofos! ¡cristianos! ¿habéis leído?

— Toma, Joannetti, le dije; toma y corre á comprar el cepillo.

— Pero, señor, ¿quiere usted quedarse con un zapato blanco y el otro negro?

— Te digo que vayas á comprar el cepillo; no te importe el polvo de mi zapato.

Salió; yo entonces tomé el trapo y limpié con delicia el zapato del pie izquierdo, sobre el cual dejé caer una lágrima de arrepentimiento.

CAPÍTULO XX

Las paredes de mi cuarto se hallan adornadas con láminas y cuadros que lo embellecen singularmente. Yo quisiera de veras que el lector examinase los cuadros uno por uno, para divertirle y distraerle á lo largo del camino que debemos recorrer todavía hasta llegar á mi mesa de despacho; pero es tan imposible el explicar con claridad un cuadro, como el hacer un retrato sin más que una descripción de la persona á quien se debe retratar.

¡Qué emoción no experimentaría, por ejemplo, al contemplar el primer dibujo que se presenta ante la vista! En él vería á la desgraciada Carlota limpiando lentamente y con mano temblorosa las pistolas de Alberto. Negros presentimientos y todas las angustias del amor sin esperanza y sin consuelo están impresos en su fisonomía, mientras que el indiferente Alberto, rodeado de fardos de procesos y de papeles viejos de toda especie se vuelve friamente para desear á su amigo un feliz viaje. ¡Cuántas veces he estado á punto de romper el cristal que cubre dicha lámina para arrancar á ese Alberto de su mesa, hacerle pedazos y pisotearlo! Desgraciadamente siempre habrá en el mundo muchos Albertos.

¿Qué persona sensible no está obligada á vivir con

otra, contra la cual las expansiones, las dulces emociones del alma y los arranques de la imaginación van á estrellarse como las olas sobre las rocas? ¡Feliz aquel que encuentra un amigo cuyo corazón y cuyo espíritu concuerdan con los suyos : un amigo que se una á él por la conformidad de gustos, de sentimientos y de conocimientos ; un amigo que no se halle atormentado por la ambición ó el interés ; que prefiera la sombra de un árbol á la ostentación de una corte.

¡Feliz aquel que posee un amigo!

CAPÍTULO XXI

Yo tenía uno : la muerte me lo ha quitado ; le sorprendió al principio de su carrera, en el momento en que su amistad se había hecho absolutamente necesaria á mi corazón. Nos sosteníamos mutuamente en los penosos trabajos de la guerra ; teníamos una sola pipa para fumar los dos ; bebíamos en la misma copa ; nos acostábamos bajo la misma tienda, y en las circunstancias desgraciadas en que nos hemos encontrado, allí donde nos hallábamos juntos surgía para nosotros una nueva patria. Yo le he visto expuesto á todos los peligros de la guerra, y de una guerra desastrosa. La muerte parecía conservarnos el uno para el otro ; mil veces pasó por su lado sin alcanzarle ; pero era para después hacerme más sensible su pérdida. El estruendo

de las armas, el entusiasmo que se apodera del corazón á la vista del peligro, hubieran impedido quizá que sus gritos de dolor llegasen hasta mi alma. Su muerte hubiera sido útil á su país y funesta para los enemigos. En aquellos instantes yo habría sentido menos su pérdida. ¡Pero perderle en medio de las delicias de una tregua! ¡Verle expirar en mis brazos, cuando parecía rebosar de salud, cuando nuestra amistad se acrecentaba en medio del reposo y la tranquilidad! ¡Oh! ¡Nunca me consolaré de ello! Sin embargo, su memoria no vive más que en mi corazón ; no existe ya entre los que le rodeaban y le han reemplazado. Esta idea hace más doloroso para mí el sentimiento de su pérdida. La naturaleza, indiferente asimismo á la suerte de los individuos, reviste su brillante ropaje de primavera y se adorna con toda su belleza junto al cementerio donde reposa. Los árboles se cubren de hojas y entrelazan sus ramas ; las aves cantan bajo el follaje ; los insectos zumban entre las flores ; todo respira el gozo y la vida en la mansión de la muerte. Y á la noche, mientras la luna brilla en el firmamento y yo medito cerca de este triste lugar, oigo al grillo que prosigue alegremente su canto infatigable, oculto bajo la hierba que cubre la tumba silenciosa de mi amigo. La destrucción insensible de los seres y todas las desgracias de la humanidad, nada representan ni significan en el seno del gran todo. La muerte de un hombre sensible que expira en medio de sus desconsolados amigos y la de la mariposa que el aire frío de la mañana hace perecer en el cáliz de una flor, son dos épocas parecidas en el curso de la na-

turaliza. El hombre no es más que un fantasma, una sombra, un vapor que se disipa en los aires...

Pero ya el crepúsculo matutino empieza á blanquear el cielo; las negras ideas que me agitaban se desvanecen con la noche, y la esperanza renace en mi corazón. No, aquel que así inunda de luz el oriente, no lo ha hecho brillar á mis miradas para sumergirme en seguida en la obscuridad de la nada; aquel que ha extendido ese horizonte inconmensurable, y ha levantado esas masas enormes cuyas heladas cumbres dora el sol, es el mismo que ha ordenado á mi corazón que lata y á mi espíritu que piense.

No, mi amigo no ha caído en el abismo de la nada; cualquiera que sea la barrera que nos separe, yo le volveré á ver. No fundo mi esperanza en un silogismo. El vuelo de un insecto que pasa por el aire, basta para persuadirme; y muchas veces el aspecto de la campiña, el perfume del aire y no sé qué encanto esparcido á mi alrededor, elevan de tal suerte mis pensamientos, que una prueba invencible de la inmortalidad entra violentamente en mi alma y la llena por completo.

CAPÍTULO XXII

Hace mucho tiempo que el capítulo anterior presentábase á mi pluma, y siempre lo había rechazado. Hábiame prometido que este libro sólo retratase la parte

risueña de mi alma. Este proyecto, como tantos otros, se ha quedado sin realizar; espero que el sensible lector me perdonará el que le haya pedido algunas lágrimas, y si alguno cree que verdaderamente podía haber prescindido de este capítulo, que lo arranque de su ejemplar, ó, mejor todavía, que arroje todo el libro al fuego.

Bástame con que se adapte á los sentimientos de tu corazón, mi amada Jenny, tú, la mejor y la más querida de las mujeres, tú, la mejor y la más querida de las hermanas. A ti es á quien dedico esta obra: si merece tu aprobación, también tendrá la de todos los corazones sensibles y delicados; y si tú perdonas las locuras que se me escapan, bien á pesar mío algunas veces, desafío á todos los censores del universo.

CAPÍTULO XXIII

No diré más que una sola palabra del cuadro que sigue. Representa á la familia del desgraciado Ugolino muriendo de hambre. Á su alrededor están los hijos: uno de ellos, tendido á sus pies sin movimiento; los otros le alargan sus brazos extenuados, pidiéndole pan, mientras que el desgraciado padre, apoyado contra una columna de su prisión, hosca y fija la mirada, el rostro inmóvil, con esa terrible tranquilidad que da el último período de la desesperación, muere á la vez de

su propia muerte y de la de todos sus hijos y sufre cuanto puede resistir la humana naturaleza.

Valiente caballero de Assás, yo te veo expirar herido por cien bayonetas, gracias á un esfuerzo de valor y á un heroísmo que no se conoce en nuestros días.

¡Y tú, que lloras bajo esas palmeras, desgraciada negra! Tú, á quien un hombre cruel ha engañado, abandonándote á la vez... ¿qué digo? tú, á quien aquél ha tenido la crueldad de vender como á una vil esclava, á pesar de tu amor y de tus servicios, á pesar del fruto de su cariño que llevas en tus entrañas... yo no pasaré por delante de tu imagen sin rendir el homenaje debido á tu sensibilidad y á tus desgracias.

Detengámonos un instante frente á este otro cuadro : representa á una joven pastora que guarda sola su ganado en la cima de los Alpes ; está sentada sobre el tronco de un viejo abeto que el viento arrancó y los años han blanqueado ; sus pies permanecen ocultos entre el espeso follaje de una frondosa cacalia, cuyas flores de color de lila se elevan hasta su cabeza. La alhucema, el tomillo, la anémona, la centáurea, flores de toda especie que se cultivan con dificultad en nuestros invernáculos y jardines y que crecen en los Alpes con todo su esplendor primitivo, forman la brillante alfombra sobre la cual triscan sus corderos. Amable pastora, dime, ¿dónde se encuentra el feliz rincón de la tierra que tú habitas? ¿De qué lejano aprisco has salido esta mañana al despuntar la aurora? ¿No me sería posible el ir á vivir allá contigo? Mas ¡ay! la dulce tranquilidad de que disfrutas, no tardará en desva-

necerse. El demonio de la guerra, no contento con desolar las ciudades, va á llevar bien pronto la turbación y el espanto hasta tu solitario retiro. Avanzan ya los soldados ; ve cómo saltan de montaña en montaña y se aproximan á las nubes. El ruido del cañón resuena allá en la elevada región del trueno. ¡Huye, pastora, apresúrate á recoger tu rebaño, ocúltate en los antros más apartados y más agrestes : ya no hay reposo sobre esta desdichada tierra.

CAPÍTULO XXIV

No sé á qué atribuirlo ; pero desde hace algún tiempo todos los capítulos de mi obra concluyen en un tono siniestro. En vano fijo mis miradas, al empezarlos, sobre algún objeto agradable ; en vano me embarco en completa calma : una borrasca viene en seguida á hacerme torcer el rumbo. Para poner término á esta agitación, que no me deja ser dueño de mis ideas, y para apaciguar los latidos de mi corazón, por tantas y tan tiernas imágenes agitado, no veo otro remedio que hacer una disertación. Sí ; quiero poner este pedazo de hielo sobre el órgano de mi sensibilidad.

Y esta disertación versará sobre la pintura, ya que hablar sobre cualquier otro asunto me sería imposible. No es fácil bajar de un salto desde la altura en